

John Mearsheimer es profesor de ciencia política en la Universidad de Chicago y autor de *The Tragedy of Great Power Politics*. Stephen Walt es profesor de Relaciones Internacionales en la Kennedy School of Government de la Universidad de Harvard. Es autor de *Timing American Power: The Global Response to US Primacy*. Conjuntamente son autores del libro *El lobby israelí* (Taurus, 2007). El presente artículo apareció en *London Review of Books* (23 marzo 2007)

El lobby israelí

John Mearsheimer y Stephen Walt

En las últimas décadas, y especialmente desde la Guerra de los Seis Días en 1967, el centro de atención de la política de Estados Unidos en el Oriente Medio se ha puesto en la relación con Israel. Sin embargo, la combinación entre el apoyo incondicional a Israel y el esfuerzo por extender la «democracia» en la región ha indignado a la opinión pública árabe, poniendo en peligro la seguridad de los Estados Unidos y del resto del mundo. Esta situación no tiene equivalentes a lo largo de la historia política americana. ¿Por qué los Estados Unidos se han mostrado predispuestos a poner en peligro su seguridad y la de sus aliados con el fin de proteger los intereses de otro Estado? Podría asumirse que la relación entre los dos países se basa en compartir determinados intereses estratégicos o imperativos morales, pero ninguno de estos factores explica la intensidad de la ayuda material y diplomática que proporcionan los Estados Unidos.

Más bien, el motor de la política americana en la región se encuentra en la política doméstica, sobre todo en las actividades del «lobby israelí». Otros grupos de interés han logrado influir en la política exterior, pero ninguno la ha alejado tanto de lo que, en principio, son los intereses nacionales, al tiempo que lograba convencer a los norteamericanos de que los intereses de los Estados Unidos y de otro país —en este caso Israel— son esencialmente idénticos.

Desde la Guerra de Octubre en 1973, Washington ha proporcionado un nivel de apoyo a Israel que no es equiparable al otorgado a ningún otro Estado. Desde 1976, Israel se ha convertido en el mayor receptor directo de asistencia económica y militar, y es el mayor receptor total desde la Segunda Guerra Mundial, con una cantidad que se estima por encima de los 140.000 millones de dólares (en dólares del 2004). Israel recibe una ayuda directa de 3.000 millones de dólares anuales, que supone alrededor de un quinto del total de la ayuda exterior y representa unos 500 dólares anuales para cada israelí. Esta generosidad es especialmente sorprendente si consideramos que actualmente Israel es un Estado industrial avanzado con una renta per capita parecida a la de Corea del Sur o España.

Mientras que otros países receptores reciben las ayudas en asignaciones cuatrimestrales, Israel recibe el total de la suma a principios del año fiscal y puede con ello ganar intereses. Muchos de los receptores de la ayuda con fines militares están obligados a gastar el dinero en los Estados Unidos; sin embargo, a Israel se le permite utilizar el 25% de los fondos para subsidiar su propia industria de defensa. Es el único receptor que no tiene que dar explicaciones sobre la manera en la que gasta el dinero, algo que previene cualquier posibilidad de controlar su utilización para fines opuestos a los intereses americanos, como la construcción de asentamientos en Cisjordania. Además, los Estados Unidos han proporcionado a Israel cerca de 3.000 millones de dólares para el desarrollo de sistemas armamentísticos y le ha facilitado el acceso al armamento de última generación, como los helicópteros Blackhawk y los cazas F-16. Finalmente, los Estados Unidos proporciona a Israel el acceso a información que niega a sus aliados de la OTAN y ha hecho la vista gorda a la adquisición israelí de armamento nuclear.

Washington también proporciona a Israel un apoyo diplomático consistente. Desde 1982, los EEUU han vetado 32 resoluciones del Consejo de Seguridad críticas con Israel, una cantidad que es superior al total de los vetos realizados por el resto de los miembros del Consejo de Seguridad. Bloquea los esfuerzos de los Estados árabes para poner el arsenal nuclear de Israel en la agenda del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA). Los Estados Unidos vienen al rescate en tiempos de guerra y asumen las posiciones de Israel cuando hay que negociar la paz. La administración Nixon lo protegió de la amenaza de intervención soviética y volvió a ayudarlo en la Guerra de Octubre. Washington estuvo muy implicado en las negociaciones que dieron fin a la guerra, así como en el costoso proceso «paso a paso» que siguió al enfrentamiento. También tuvo un papel muy importante en las negociaciones que precedieron y siguieron a los Acuerdos de Oslo en 1993. En cada uno de estos casos existieron fricciones entre los representantes norteamericanos e israelíes, pero los Estados Unidos siempre apoyaron las posiciones de Israel. Años más tarde, un participante norteamericano en Camp David diría: «en demasiadas ocasiones funcionamos como... el abogado de Israel». Finalmente, la ambición de la administración Bush de transformar Oriente Medio pasa por mejorar la posición estratégica de Israel.

Esta generosidad extrema se entendería si Israel fuera un activo estratégico de vital importancia o si existiera una causa moral convincente para el apoyo norteamericano. Pero ninguna de estas explicaciones tienen peso. Se podría argumentar que Israel fue un activo durante la Guerra Fría. Siendo el apoderado de Estados Unidos después de 1967, ayudó a impedir la expansión soviética en la región e infligió derrotas humillantes a aliados soviéticos como Egipto o Siria. Ocasionalmente ayudó a proteger a aliados estadounidenses (como el rey Hussein de Jordania) y su destreza militar obligó a Moscú a invertir más fondos para apoyar a sus aliados. Proporcionó también informes de inteligencia muy útiles sobre las capacidades soviéticas.

Sin embargo, apoyar a Israel no fue barato y complicó muchísimo las relaciones norteamericanas con el mundo árabe. Por ejemplo, la decisión de facilitarle una ayuda militar de 2.200 millones de dólares durante la Guerra de Octubre impulsó el embargo petrolífero de la OPEP, que supuso un importante coste para las economías occidentales. Dada esta situación, las fuerzas armadas israelíes no podían defender los intereses norteamericanos en la región. Por ejemplo, los Estados Unidos no pudieron apoyarse en Israel cuando la revolución iraní de 1979 sembró grandes dudas sobre la seguridad en el suministro de petróleo, y tuvo que crear sus propias fuerzas de intervención rápida.

La primera Guerra del Golfo reveló hasta qué punto Israel se estaba convirtiendo en una carga estratégica. Los Estados Unidos no podían utilizar las bases israelíes sin romper la coalición antiiraquí, y tuvieron que desviar recursos (por ejemplo, las baterías de misiles Patriot) para prevenir que Tel Aviv hiciera algo que pudiera dañar la alianza contra Sadam Hussein. La historia se repitió en el 2003: aunque Israel estaba deseosa de que Estados Unidos atacara Irak, Bush no podía pedirle ayuda, ya que esto habría supuesto encolerizar a la oposición árabe. Por lo tanto, Israel se quedó de nuevo al margen.

A principio de los 90, y más aún después del 11-S, el apoyo de los Estados Unidos se ha justificado con el argumento de que ambos Estados están amenazados por grupos terroristas originarios del mundo árabe y musulmán, y por «Estados canallas» que apoyan a estos

grupos y buscan conseguir armas de destrucción masiva. Esto significa que Estados Unidos da manos libres a Israel para tratar el problema de Palestina, sin presionar para que haga concesiones hasta que todos los terroristas palestinos estén encarcelados o muertos, y que Estados Unidos tiene que atacar países como Irán o Siria. Israel se percibe como un aliado esencial en la guerra contra el terror y en el esfuerzo para enfrentarse a los Estados canallas.

El «terrorismo» no es un adversario único, sino una táctica utilizada por un amplio abanico de grupos políticos. Las organizaciones terroristas que amenazan a Israel no amenazan a los Estados Unidos, excepto cuando éste interviene contra ellas (como en el Líbano en 1982). Más aún, el terrorismo palestino no es una violencia aleatoria dirigida contra Israel o el «Oeste»; es una respuesta a la campaña continuada de Israel para colonizar Cisjordania y la franja de Gaza.

Y lo que es aún más importante: afirmar que Israel y Estados Unidos están unidos por una amenaza terrorista común tiene una relación causal en sentido contrario: los Estados Unidos tienen un problema terrorista que, en gran medida, es el resultado de su alianza con Israel, y no al contrario. El apoyo a Israel no es la única fuente del terrorismo antiamericano, pero sí una de las principales, y hace que ganar la guerra contra el terror sea más complicado. No hay duda de que muchos de los líderes de Al-Qaeda, entre ellos Bin Laden, están motivados por la presencia israelí en Jerusalén y la situación apremiante de los palestinos. El apoyo incondicional a Israel facilita el apoyo popular a los extremistas y atrae constantemente nuevos reclutas a la causa.

En cuanto a los llamados Estados canallas del Oriente Medio, éstos no representan una amenaza directa a los intereses de los Estados Unidos, excepto cuando son una amenaza para Israel. Incluso aunque dichos Estados obtuvieran armas nucleares –algo que es, sin duda, muy poco deseable– ni Estados Unidos ni Israel podrían ser chantajeados, porque los chantajistas no podrían llevar a cabo su acción sin sufrir las consecuencias de una represalia aplastante. Paralelamente, el peligro de que los terroristas obtengan armas nucleares es lejano, porque un Estado canalla nunca podrá asegurarse de que esta transferencia no sea detectada y que no sea culpado o castigado después. En realidad, la relación con Israel no hace sino dificultar la relación con estos Estados. Precisamente, una de las razones por las que desean las armas nucleares es la existencia del arsenal nuclear israelí, y la amenaza de imponerles un cambio de régimen sólo acentúa ese deseo.

Una última razón que cuestiona el valor estratégico de Israel es que no se comporta como un aliado leal. Los representantes israelíes ignoran frecuentemente las peticiones estadounidenses y reniegan de sus promesas previas (incluyendo súplicas para paralizar la construcción de asentamientos o abstenerse del «asesinato selectivo» de líderes palestinos). Israel ha proporcionado tecnología militar avanzada a rivales potenciales como China, en lo que el Departamento de Estado ha denominado «una tendencia creciente y sistemática de transferencias desautorizadas». De acuerdo con la Oficina de Contabilidad General, Israel lleva a cabo «las operaciones de espionaje más agresivas contra los Estados Unidos entre cualquiera de sus aliados». Además del caso de Jonathan Pollard, que dio a Israel una gran cantidad de materiales clasificados a principios de los 80 (que luego fueron transferidos a la Unión Soviética a cambio de una mayor cantidad de visados con los que facilitar la salida de judíos soviéticos), en 2004 surgió una nueva contro-

versia cuando se hizo público que un directivo del Pentágono llamado Larry Franklin había pasado información clasificada a un diplomático israelí. Es verdad que Israel no es el único país que espía a los Estados Unidos, pero la continua voluntad de espiar a su patrón arroja muchas dudas sobre su valor estratégico.

El valor estratégico de Israel no es el único problema. Sus defensores argumentan que necesita un apoyo incondicional porque está rodeado de enemigos, es una democracia, los judíos han sufrido crímenes horribles en el pasado, y por ello se merecen un trato especial. También afirman que la conducta de Israel ha sido moralmente superior a la de sus adversarios. Si se analizan seriamente, ninguna de estas justificaciones es convincente. Hay una justificación moral fuerte para apoyar la existencia de Israel, pero no a costa de asumir cualquier peligro. Viéndolo de manera objetiva, su comportamiento presente y pasado no ofrece ninguna base moral para privilegiar a este Estado frente a los palestinos.

Muchas veces se retrata a Israel como a un David peleando contra Goliat, pero la visión opuesta está más cerca de la verdad. Contrariamente a la creencia popular, los sionistas tenían unas fuerzas mejor equipadas durante la Guerra de Independencia de 1947-49, y las fuerzas israelíes consiguieron victorias rápidas y fáciles contra Egipto en 1956 y contra Egipto, Siria y Jordania en 1967 –todo esto antes de que comenzara la ayuda masiva norteamericana. Hoy en día, Israel es la primera potencia militar del Oriente Medio. Sus fuerzas convencionales son muy superiores a las de sus vecinos, y es el único Estado de la región que cuenta con armas nucleares. Egipto y Jordania han firmado tratados de paz con él, y Arabia Saudí se ha ofrecido a hacerlo. Siria ha perdido su patrón soviético, Irak ha sido devastada por tres guerras desastrosas e Irán está muy lejos. Los palestinos apenas cuentan con un cuerpo de policía efectivo y no suponen ninguna amenaza para Israel. De acuerdo con el informe del Centro Jaffee de Estudios Estratégicos de la Universidad de Tel Aviv, publicado en 2005, «el balance estratégico favorece decididamente a Israel, que ha continuado incrementando la distancia cualitativa entre su propia capacidad militar y fuerza de disuasión y la de las potencias vecinas». Si apoyar al más débil fuera el motivo impulsor, los Estados Unidos estarían apoyando a los oponentes de Israel.

La circunstancia de que Israel es una democracia amiga rodeada de dictaduras hostiles no explica el nivel actual de las ayudas: existen muchas democracias por el mundo, pero ninguna recibe ayudas tan generosas. Los Estados Unidos han derrocado regímenes democráticos en el pasado y han apoyado dictadores que defendían sus intereses –actualmente tiene buenas relaciones con un gran número de dictaduras.

Algunos aspectos de la democracia israelí contrastan claramente con los valores norteamericanos. Frente a los Estados Unidos, donde los ciudadanos teóricamente tienen los mismos derechos sea cual sea su raza, religión o etnia, Israel se fundó explícitamente como un Estado judío y la ciudadanía se basa en el principio del parentesco sanguíneo. Por ello, no es sorprendente que los árabes residentes en el país (1.3 millones) sean tratados como ciudadanos de segunda clase, o que una reciente comisión gubernamental israelí detectara que Israel se comporta de manera «descuidada y discriminatoria» hacia este colectivo. Su estatus democrático también queda en entredicho por su negativa a otorgar a los palestinos un Estado viable o plenos derechos políticos.

Una tercera justificación se encuentra en la historia del sufrimiento judío en el Occidente cristiano, especialmente durante el Holocausto. Como los judíos fueron perseguidos

durante siglos y sólo pueden sentirse seguros en una tierra judía, mucha gente piensa que Israel merece un trato especial por parte de los Estados Unidos. La creación del país fue, sin duda, una respuesta adecuada al largo historial de crímenes contra los judíos, pero también trajo como consecuencia nuevos crímenes contra un tercer grupo de inocentes: los palestinos.

Esto lo entendieron perfectamente los primeros líderes israelíes, David Ben-Gurión y Nahum Goldmann, presidente del Congreso Judío Mundial:

Si yo fuera un líder árabe nunca pactaría con Israel. Es natural: hemos tomado su país... venimos de Israel, pero hace dos mil años de eso ¿qué significa para ellos? Ha surgido el antisemitismo, los nazis, Hitler, Auschwitz, pero ¿fue culpa suya? Ellos sólo ven una cosa: hemos venido y hemos robado su país. ¿Por qué iban a aceptarlo?

Desde entonces, los líderes israelíes han intentado obstaculizar constantemente las ambiciones nacionales de los palestinos. Cuando era Primer ministro, Golda Meir afirmó que «no existe nada que pueda llamarse palestino». La presión de la violencia extremista y el crecimiento de la población palestina ha forzado a los líderes israelíes posteriores a retirarse de la franja de Gaza y considerar otros compromisos territoriales, pero ni siquiera Isaac Rabin estaba dispuesto a ofrecer a los palestinos un Estado viable. La oferta supuestamente generosa de Ehud Barak en Camp David sólo les daba un conjunto de *bantustanes* bajo el control *de facto* israelí. La historia trágica de los israelíes no obliga a Estados Unidos a ayudar a Israel sin tener en cuenta sus acciones.

Los partidarios del apoyo a Israel afirman que el país ha buscado siempre la paz y ha demostrado un gran autocontrol cuando se le ha provocado. En contraste, los árabes habrían actuado con una gran maldad. Pero en el terreno, las actuaciones de los israelíes no son muy diferentes de las de sus oponentes. Ben-Gurión reconoció que los primeros sionistas no fueron muy benevolentes hacia los árabes palestinos –algo que no es muy sorprendente, ya que los sionistas estaban intentando crear su propio Estado en tierra árabe. Del mismo modo, la creación de Israel en 1947-48 implicó actos de limpieza étnica, incluyendo ejecuciones, masacres y violaciones por parte de los judíos, y la conducta posterior de Israel ha sido brutal en muchas ocasiones, minimizando por ello cualquier reclamación de superioridad moral. Por ejemplo, entre 1949 y 1956, las fuerzas de seguridad israelíes mataron entre 2700 y 5000 árabes infiltrados, la mayor parte de ellos desarmados. Las Fuerzas de Defensa Israelíes (FDI) asesinaron a cientos de egipcios hechos prisioneros en las guerras de 1956 y 1967, mientras que en 1967 se expulsaron entre 100.000 y 260.000 palestinos de los territorios conquistados en Cisjordania, así como a 80.000 sirios procedentes de los Altos del Golán.

Durante la primera Intifada, las FDI distribuyeron porras entre sus tropas y las animaron a romper los huesos de los manifestantes palestinos. La sucursal sueca de *Save the Children* estimaba que «entre 23.600 y 29.900 niños necesitaron tratamiento médico por las heridas ocasionadas por las palizas en los dos primeros años de la Intifada». Casi un tercio de ellos tenía menos de 10 años. La respuesta a la segunda Intifada ha sido aún más violenta, lo que lleva a *Ha'aretz* a declarar que «las FDI se están convirtiendo en una máquina de matar cuya eficacia es impresionante». Las FDI dispararon un millón de balas en los primeros días de la insurrección. Desde entonces, por cada israelí muerto, Israel ha matado a 3.4 palestinos, la mayor parte de ellos testigos inocentes. La diferencia entre los niños israelíes y palestinos muertos es aún más alta (1-5.7). También hay que tener en cuenta que los sionistas utilizaron bombas terroristas para expulsar a los británicos de Palestina, y

que Isaac Shamir, primero un terrorista y luego Primer ministro, declaró: «ni la ética judía ni la tradición judía puede descalificar el terrorismo como medio de combate».

El recurso de los palestinos al terrorismo es erróneo pero no es sorprendente. Los palestinos piensan que no tienen otra manera para forzar las concesiones israelíes. Como una vez admitió Ehud Barak, si hubiera nacido palestino se «habría integrado en un grupo terrorista».

Por tanto, si el apoyo de Estados Unidos a Israel no puede sustentarse en argumentos morales ni estratégicos, ¿cómo podemos explicarlo?

La explicación se encuentra en el poder formidable del lobby israelí. Usamos el término «Lobby» como abreviación para designar una coalición difusa de individuos y organizaciones que trabajan activamente para guiar la política exterior estadounidense hacia posiciones pro-israelíes. Esto no significa que el Lobby sea un movimiento unificado con un liderazgo único, o que los individuos que lo componen no estén en desacuerdo con determinadas cuestiones. No todos los judíos americanos son parte de este Lobby, porque Israel no es un tema fundamental para ellos. Por ejemplo, en una encuesta del 2004, alrededor del 36% de los judíos americanos afirmaban que se sentían «nada» o «muy poco» apegados a Israel.

Los judíos americanos también difieren en las políticas específicas del Estado israelí. Muchas de las organizaciones clave del Lobby, como el Comité Americano-Israelí de Asuntos Públicos (*American-Israel Public Affairs Committee*)¹ y la Conferencia de Presidentes de Grandes Organizaciones Judías (*Conference of Presidents of Major Jewish Organizations*), están dirigidas por un sector duro que generalmente apoya las políticas expansionistas del partido Likud, y tiene una hostilidad poco disimulada hacia el proceso de paz de Oslo. Sin embargo, la mayor parte del judaísmo americano es partidario de hacer concesiones a los palestinos, y algunos pocos grupos –como Una voz judía para la paz (*A Jewish voice for peace*)– reclaman abiertamente este camino. A pesar de las diferencias, tanto el sector duro como los moderados apoyan de manera firme a Israel.

No es sorprendente que los líderes judío americanos consulten frecuentemente a sus colegas israelíes para asegurarse de que sus acciones benefician los objetivos de Israel. Como escribió un activista de una de las mayores organizaciones judías: «para nosotros es rutinario decir: esta es nuestra política en un determinado asunto, pero tenemos que consultar qué piensan los israelíes. Como comunidad lo hacemos todo el tiempo». Existe un gran prejuicio hacia la crítica de la política israelí, y presionar a Israel se considera fuera de lugar. Cuando Edgar Bronfman Sr, el presidente del Congreso Judío Mundial, escribió una carta al presidente Bush a mediados del 2003 pidiéndole que persuadiera a Israel para frenar la construcción de la controvertida «valla de seguridad», fue acusado de perfidia. Los críticos afirmaron que «era obsceno que el presidente del Congreso Judío Mundial pidiera al presidente de los Estados Unidos que obstaculizara las políticas promovidas por el gobierno de Israel».

De forma similar, cuando el presidente del *Israel Policy Forum*, Seymour Reich, sugirió a Condoleezza Rice, en noviembre del 2005, que pidiera a Israel reabrir la frontera de Gaza, su acción fue denunciada por «irresponsable»: sus críticos aseguraban que «no existe absolutamente ningún espacio para situarse contra las políticas relacionadas con la seguridad de Israel». Reculando ante estas acusaciones, Reich anunciaba después que «la palabra presión no entra en mi vocabulario cuando se trata de Israel».

1. A lo largo del artículo, nos referiremos a esta organización utilizando las siglas inglesas AIPAC (nota del traductor).

Los judíos americanos han creado un impresionante conglomerado de organizaciones para influir en la política exterior norteamericana, entre las que la AIPAC es la más poderosa y conocida. En 1997, la revista *Fortune* pidió a los miembros del Congreso y su personal que hicieran una lista de los lobbies más poderosos en Washington. AIPAC se situó en segundo lugar, por detrás de la Asociación Americana de Jubilados (*American Association of Retired People*), pero por delante de la Asociación Nacional del Rifle (*National Rifle Association*). Un estudio del *National Journal* en marzo del 2005 llegó a una conclusión similar, situando a la AIPAC en segundo lugar (junto a la AARP) entre los lobbies más importantes.

El Lobby incluye a destacados cristianos evangélicos como Gary Bauer, Jerry Falwell, Ralph Reed y Pat Robertson, así como Dick Armey y Tom Delay, antiguos líderes mayoritarios en la Cámara de Representantes, los cuales están convencidos de que el renacimiento de Israel es la culminación de la profecía bíblica y apoyan la agenda expansionista; hacer lo contrario, opinan los miembros de este grupo, sería actuar de manera contraria a la voluntad de Dios. Neoconservadores como John Bolton, el antiguo director del *Wall Street Journal*, Robert Bartley, el antiguo Secretario de Educación William Bennett, la antigua embajadora en Naciones Unidas Jeane Kirkpatrick y el influyente columnista George Will, son también firmes seguidores de estas ideas.

Las formas de gobierno norteamericanas ofrecen a los activistas numerosas maneras de influir en el proceso político. Los grupos de interés pueden presionar sobre los representantes del poder ejecutivo, hacer contribuciones en la campaña, votar en las elecciones, moldear la opinión pública, etc. Al estar comprometidos con asuntos que a una gran mayoría le resultan indiferentes su influencia es desproporcionada. Los que se encargan de diseñar estas políticas intentarán acomodarse a lo que opinen aquellos que se interesan por dichos asuntos, aunque su número sea escaso, confiando en que el resto de la población no los penalice por ello.

En sus operaciones básicas, el Lobby israelí no es diferente al Lobby ganadero o a los sindicatos del textil y del acero, u otros lobbies étnicos. No hay nada impropio en el hecho de que los judíos americanos y sus aliados cristianos intenten influir en la política americana: las actividades del Lobby no son conspiraciones como las que se representan en libelos del tipo *Los protocolos de los sabios de Sión*. En su mayor parte, los individuos y grupos que lo componen hacen lo mismo que otros grupos, pero mucho mejor. Por contraste, los grupos de interés pro-árabes, en el caso de que realmente existan, son muy débiles, lo que facilita aún más el trabajo del Lobby israelí.

El Lobby persigue dos grandes estrategias. Primero, ejercer una gran influencia en Washington, presionando al Congreso y al poder ejecutivo. Cualquiera que sea la visión personal del abogado o el político, el Lobby intentará mostrar que el apoyo a Israel es la opción más «inteligente». Segundo, se esfuerza en garantizar un discurso público que refleje una visión positiva de Israel, mediante la repetición de mitos sobre su fundación y la promoción de sus puntos de vista en los debates políticos. El objetivo es prevenir la aparición de comentarios críticos que tengan luego influencia en la arena política. Controlar el debate es esencial para garantizar el apoyo de los Estados Unidos, porque una discusión sincera de las relaciones entre Estados Unidos e Israel podría llevar a los americanos a apoyar políticas muy diferentes.

Un pilar esencial de la efectividad del Lobby es su influencia en el Congreso, en donde Israel es prácticamente inmune a la crítica. Esto es algo destacable, porque el Congreso raramente se asusta ante los temas más beligerantes. Sin embargo, cuando se trata de Israel, los críticos potenciales se mantienen en silencio. Una explicación es que algunos de sus miembros más importantes son sionistas cristianos, como Dick Arme, quien dijo en septiembre del 2002: «mi primera prioridad en política exterior es proteger a Israel». En principio, uno pensaría que el principal objetivo de la política exterior para cualquier congresista tendría que ser proteger a los Estados Unidos. También existen senadores y congresistas judíos que trabajan para asegurar que la política exterior norteamericana apoya los intereses de Israel.

Otra fuente del poder del Lobby proviene de la utilización de los participantes en congresos pro-israelíes. Como admitió en una ocasión Morris Amitay, un antiguo dirigente de AIPAC, «aquí hay mucha gente trabajando» —en el Capitolio— «que son judíos y que desean... mirar determinados asuntos desde una óptica judía... éstas son personas situadas en áreas desde las que pueden tomar decisiones que pueden influir en los senadores... su pueden hacer muchísimas cosas al nivel del personal...».

Pero el núcleo de la influencia en el Congreso es el mismo AIPAC. Su éxito se debe a su habilidad para premiar a los legisladores y a los candidatos al Congreso que apoyan sus ideas, al tiempo que castigan a aquellos que no lo hacen. El dinero es esencial en las elecciones norteamericanas (como nos recuerda el escándalo por las oscuras maquinaciones del miembro de un grupo de presión, Jack Abramoff), y AIPAC se asegura de que sus amigos tengan importantes ayudas financieras procedentes de los múltiples comités de acción política pro-israelí. Alguien que se muestre hostil a Israel puede estar seguro de que AIPAC dirigirá las contribuciones de campaña a su oponente político. AIPAC también organiza campañas de misivas y anima a los editores de periódicos para que apoyen a los candidatos pro-israelíes.

No hay duda sobre la eficacia de estas tácticas. Tomemos el siguiente ejemplo: en las elecciones de 1984, AIPAC ayudó a derrotar al senador de Illinois Charles Percy, que, de acuerdo con uno de los miembros más destacados del Lobby, se había mostrado «poco predispuesto o incluso hostil a nuestros intereses». Thomas Dine, el dirigente del AIPAC en esos momentos, explicaba lo sucedido de la siguiente manera: «todos los judíos americanos, de costa a costa, se unieron para expulsar a Percy. Y los políticos americanos —los que actualmente tienen cargos públicos y los aspirantes— tomaron nota».

La influencia de AIPAC en el Capitolio va aún más allá. De acuerdo con Douglas Bloomfield, un antiguo miembro del equipo de AIPAC, «es común que los miembros del Congreso y sus equipos consulten a la AIPAC previamente cuando necesitan información, antes que llamar a la Biblioteca del Congreso, los servicios de investigación del Congreso, los miembros del comité o los expertos en administración». Y lo que es más importante, afirma que AIPAC es «requerido para elaborar discursos, trabajar sobre legislación, aconsejar tácticas, realizar investigaciones, buscar patrocinadores y recoger votos».

El resultado es que AIPAC, un agente *de facto* de un gobierno extranjero, tiene un poder absoluto en el Congreso. Las consecuencias de esta situación son que la política estadounidense hacia Israel no es debatible, a pesar de que esa política tiene consecuencias en el mundo entero. En otras palabras, uno de los tres grandes poderes del gobierno está firmemente comprometido con el apoyo a Israel. Como afirmaba un antiguo senador demó-

crata después de abandonar el cargo: «aquí no puedes tener otra política con Israel que la defendida por AIPAC». O como dijo una vez Ariel Sharon ante la audiencia americana: «Cuando la gente me pregunta cómo puede ayudar a Israel, les digo: ayuda a AIPAC».

Gracias, en parte, a la influencia que tienen los votantes judíos en las elecciones presidenciales, el Lobby tiene también una influencia significativa sobre el poder ejecutivo. Aunque suponen menos del 3% de la población, realizan numerosas donaciones para los candidatos de ambos partidos. Una vez, el *Washington Post* estimó que los candidatos demócratas a la presidencia «dependían de los recursos proporcionados por los seguidores judíos en casi un 60% del total». Y como los votantes judíos tienen altas tasas de participación y se concentran en Estados clave como California, Florida, Illinois, Nueva York y Pensilvania, los candidatos presidenciales tienen que hacer grandes esfuerzos para no enemistarse con ellos.

Las organizaciones clave del Lobby trabajan para asegurarse de que los críticos con Israel no obtengan puestos importantes en el ámbito de la política exterior. Jimmy Carter quería nombrar a George Ball Secretario de Estado, pero sabía que Ball era percibido como crítico de Israel y, consecuentemente, el Lobby se opondrían al nombramiento. De esta forma, cualquier aspirante a un puesto de relevancia en la política exterior se le incita a convertirse en un abierto defensor de Israel, algo que explica por qué los críticos de las políticas israelíes se han convertido en una especie en extinción dentro del *establishment* que dirige la política exterior.

Cuando Howard Dean pidió a los Estados Unidos que tomaran una posición más equitativa en el conflicto árabe-israelí, el senador Joseph Lieberman lo acusó de vender a Israel, al tiempo que afirmaba que su declaración era «irresponsable». Prácticamente todos los demócratas más relevantes en el Senado firmaron una carta criticando las declaraciones de Dean, mientras el *Chicago Jewish Star* publicaba que «atacantes anónimos están inundando las cuentas de correo electrónico de los principales líderes judíos del país alertando –sin muchas pruebas– de que Dean sería de alguna manera negativo para Israel».

La preocupación era absurda: en realidad, Dean es bastante favorable a Israel: el subdirector de su campaña era un antiguo presidente de AIPAC, y el mismo Dean afirmaba que su visión del Oriente Medio estaba más cercana a AIPAC que a los moderados de Paz Ahora (*Americans for Peace Now*). Sólo había sugerido que era necesario «acercar a ambas partes». Washington debía actuar como un agente honesto. Difícilmente puede considerarse esto como una idea radical, pero el Lobby no tolera siquiera la imparcialidad.

Durante la administración Clinton, la política de Oriente Medio la diseñaban directivos que tenían lazos con Israel o con importantes organizaciones pro-israelíes; entre ellos, Martin Indyck, el antiguo subdirector de investigación del AIPAC y co-fundador del pro-israelí Instituto Washington para la Política de Oriente Medio (*Washington Institute for Near East Policy*);² Dennis Ross, integrado en el WINEP después de abandonar el gobierno en el 2001; y Aaron Miller, que ha vivido en Israel y visita frecuentemente el país. Estos hombres se encontraban entre los consejeros más cercanos de Clinton en la cumbre de Camp David en julio del 2000. Aunque los tres apoyaron el proceso de paz de Oslo, sólo lo hicieron dentro de los límites de lo aceptable para Israel.

La delegación americana tomó las indicaciones de Ehud Barak, coordinó su posición negociadora con Israel por adelantado, y no ofreció ninguna propuesta independiente. No

2. A lo largo del artículo, nos referiremos a esta organización utilizando las siglas inglesas WINEP (nota del traductor).

es sorprendente que los negociadores palestinos se quejaron de que tenían que negociar con «dos delegaciones israelíes —una que llevaba la bandera israelí y otra la americana».

La situación se agudizó aún más con la Administración Bush, en cuyas filas se han incluido fervientes abogados de la causa israelí como Elliot Abrams, John Bolton, Douglas Feith, I. Lewis ('Scooter') Libby, Richard Perle, Paul Wolfowitz y David Wurmser. Como veremos, estos directivos han impulsado sistemáticamente políticas favorables a Israel, apoyadas por organizaciones del Lobby.

Por supuesto, al Lobby no le interesa un debate abierto, porque podría poner en cuestión la intensidad del apoyo que proporcionan. Por ello, las organizaciones pro-israelíes trabajan duro para influir en las instituciones más importantes que dan forma a la opinión pública.

La perspectiva del Lobby prevalece en los medios de comunicación de masas: el periodista Eric Alterman escribe que los debates de expertos sobre Oriente Medio «están dominados por personas que no pueden imaginar una crítica a Israel». Establece una lista de 61 «columnistas y comentaristas con los que se puede contar, sin condiciones, para el apoyo a Israel». Por el contrario, sólo encontró 5 expertos que criticaran de una manera consistente las acciones israelíes o abogaran por la causa árabe. Ocasionalmente, los periódicos publican artículos de opinión que desafían la política israelí, pero el equilibrio de opiniones favorece claramente uno de los lados de la balanza. Es difícil imaginar un medio de comunicación mayoritario publicando una pieza como ésta.

«Shamir, Sharon, Bibi —cualquier cosa que quieran estos tipos, por mí está bien», remarcó una vez Robert Bartley. No es sorprendente que su periódico, el *Wall Street Journal*, junto a otros diarios importantes, como el *Chicago Sun-Times* o el *Washington Times*, lance regularmente ediciones que apoyan decididamente a Israel. Además, revistas como *Commentary*, *New Republic* y *Weekly Standard* defienden de forma continua la causa israelí.

El sesgo editorial también se encuentra en diarios como *New York Times*, que en ocasiones critica las políticas israelíes, y a veces concede que los palestinos tienen motivos de queja legítimos, pero sin ser imparcial. En sus memorias, el antiguo editor ejecutivo Max Frankel reconoce el impacto que su propia posición tenía en las decisiones editoriales: «Estaba mucho más entregado a Israel de lo que desearía confesar... yo escribí la mayor parte de los comentarios sobre Oriente Medio, basándome en mi conocimiento de Israel y mis amistades de allí. Como reconocían los lectores árabes en mayor medida que los judíos, los escribía desde una perspectiva pro-israelí».

Los reportajes suelen ser más neutros, en parte porque los reporteros tratan de ser objetivos, pero también porque es difícil cubrir acontecimientos en los territorios ocupados sin tener en cuenta las acciones de Israel sobre el terreno. Para disuadir las noticias desfavorables, el Lobby organiza campañas de misivas, manifestaciones y boicots de medios cuyo contenido se considera anti-israelí. Un ejecutivo de la CNN ha afirmado que a veces llega a recibir, en un solo día, unos 6000 mensajes de correo electrónico quejándose de alguna noticia. En mayo del 2003, el pro-israelí *Committee for Accurate Middle East Reporting in America* (CAMERA) organizó manifestaciones en el exterior de emisoras nacionales públicas en 33 ciudades; también trató de persuadir a los patrocinadores de que se retiraran de la emisora de radio NPR hasta que cubriera las noticias de Oriente Medio de forma más favorable a Israel. La estación NPR de Boston, WBUR, perdió más de un millón de dólares en contribuciones como resultado de esta campaña. La presión posterior sobre la NPR ha venido

de los amigos de Israel en el Congreso, que han pedido una auditoria interna por su forma de cubrir Oriente Medio así como un mayor control.

El bando israelí también domina los *think tanks* que tienen un papel importante a la hora de moldear el debate público y las políticas. El Lobby creó su propio *think tank* en 1985, cuando Martín Indyk ayudó a fundar WINEP. Aunque WINEP minimiza sus relaciones con Israel, argumentando que proporciona una perspectiva «equilibrada y realista» de los problemas de Oriente Medio, está financiada y dirigida por individuos profundamente implicados en el desarrollo de la agenda israelí.

De cualquier forma, la influencia del Lobby se extiende más allá de WINEP. En los últimos 25 años, las fuerzas pro-israelíes han establecido una presencia dominante en el *American Enterprise Institute*, la *Brookings Institution*, el *Center for Security Policy*, el *Foreign Policy Research Institute*, la *Heritage Foundation*, el *Hudson Institute*, el *Institute for Foreign Policy Analysis* y el *Jewish Institute for National Security Affairs* (JINSA). Estos *think tanks* emplean pocos, por no decir ninguno, críticos del apoyo estadounidense a Israel.

Tomemos la *Brookings Institution*. Durante muchos años, su experto en asuntos sobre Oriente Medio fue William Quandt, un antiguo directivo de NSC con una merecida reputación de neutralidad. Actualmente, la cobertura de *Brookings* se realiza a través del *Saban Center for Middle East Studies*, financiado por Haim Saban, un hombre de negocios israelí-americano y ferviente sionista. El director del Centro es el ubicuo Martín Indyk. Lo que antes era una institución no partidista forma ahora parte del coro pro-israelí.

Más dificultades ha encontrado el Lobby para sofocar el debate en los campus universitarios. En los años 90, cuando el proceso de paz de Oslo se estaba llevando a cabo, sólo existía una moderada crítica hacia Israel, pero ésta creció rápidamente con el fracaso de Oslo y el acceso de Sharon al poder, tornándose bastante enérgica cuando las FDI ocuparon Cisjordania en primavera del 2002 y emplearon la fuerza bruta para reducir la segunda Intifada.

El Lobby reaccionó inmediatamente para «recuperar el campus». Aparecieron nuevos grupos, como la Caravana para la Democracia, que llevó conferenciantes israelíes a los *colleges* norteamericanos. Se crearon grupos como el *Jewish Council for Public Affairs*, al que se unió *Hillel*, y se formó un nuevo grupo, el *Israel on Campus Coalition*, para coordinar todos los cuerpos que tratan de favorecer la causa israelí. Finalmente, el AIPAC triplicó la inversión en programas para controlar las actividades universitarias y formar jóvenes abogados con el fin de «aumentar significativamente el número de estudiantes dentro del campus implicados... en el esfuerzo nacional pro-israelí».

El Lobby también controla lo que los profesores escriben y enseñan. En septiembre del 2002, Martín Kramer y Daniel Pipes, dos apasionados neoconservadores pro-israelíes, crearon una página web (*Campus Watch*) en donde se colgaban los informes de académicos sospechosos y se pedía a los estudiantes que informaran sobre conductas que pudieran considerarse hostiles a Israel. Esta intención clara y directa de chantajear e intimidar a los profesores provocó una agria reacción, y Pipes y Kramer tuvieron que suprimir los informes, pero la página web aún invita a los estudiantes a informar de cualquier actividad «anti-israelí».

Determinados grupos dentro del Lobby presionan a profesores y universidades determinados. Columbia ha sido un objetivo frecuente, sin duda por la presencia de Edward Said. «Uno puede estar seguro de que cualquier declaración pública del prestigioso crítico literario Edward Said a favor de la causa palestina supondrá cientos de emails, cartas y textos

periodísticos, denunciando a Said y pidiendo sanciones o su expulsión», explicaba el antiguo vicerrector Jonathan Cole. Cuando Columbia contrató al historiador de Chicago Rashid Khalidi pasó lo mismo. Es un problema que también tuvo Princeton cuando intentó cortejar a Khalidi para que se integrara en esta universidad.

Un ejemplo clásico de los esfuerzos para controlar la universidad sucedió a finales del 2004, cuando el Proyecto David produjo una película en la que se alegaba que algunos miembros del programa de estudios sobre Oriente Medio en Columbia eran antisemitas y éstos se dedicaban a intimidar a los estudiantes defensores de Israel. A Columbia se le criticó duramente, pero una comisión creada para investigar el asunto no encontró ninguna prueba de antisemitismo, siendo el único incidente remarcable que un profesor había «respondido vehementemente» a la pregunta de un alumno. La comisión descubrió además que los profesores en cuestión eran objetivo de una campaña directa de intimidación.

Posiblemente el aspecto más inquietante de todo esto es el esfuerzo que han realizado los grupos judíos para presionar al Congreso a que establezca mecanismos de control sobre lo que dicen los profesores. Si consiguen esto, a las universidades que se considerara que tienen un sesgo antisemita, se les negaría los fondos federales. Sus esfuerzos aún no han tenido éxito, pero son una indicación de la importancia que otorgan al control del debate público.

Un grupo de filántropos judíos ha creado recientemente programas de estudios israelíes (que se suman a los aproximadamente 130 programas que ya existen) para incrementar en número de académicos cercanos a las posturas pro-israelíes. En mayo del 2003, la NYU anunció la creación del *Taub Center for Israel Studies*; programas similares se han creado en Berkeley, Brandeis y Emory. Los administradores académicos enfatizan su valor pedagógico, pero la verdad es que su objetivo fundamental es promover la imagen de Israel. Fred Laffer, el director de la *Taub Foundation*, clarifica que su fundación creó el centro de la NYU para contrarrestar «el punto de vista árabe» que él cree prevaleciente en los programas sobre el Oriente Medio de la NYU.

Ninguna explicación del Lobby sería completa sin examinar una de sus armas más poderosas: la acusación de antisemitismo. Cualquiera que critique las acciones de Israel o argumente que los grupos pro-israelíes tienen una influencia significativa en la política norteamericana sobre Oriente Medio –una influencia que el AIPAC celebra– tiene todas las papeletas para ser percibido como antisemita. De hecho, cualquiera que se atreva a afirmar que *existe* un Lobby israelí corre el peligro de ser acusado de antisemitismo, a pesar de que los medios israelíes se refieren abiertamente al «Lobby judío» en Estados Unidos. En otras palabras, por un lado el Lobby presume de su influencia y, por el otro, ataca a cualquiera que llame la atención sobre su poder. Es una táctica muy efectiva: nadie quiere ser acusado de antisemitismo.

Los europeos han estado más predispuestos que los norteamericanos a criticar la política israelí, atribuida por algunos al resurgimiento del antisemitismo en el Viejo Continente. A principios del 2004, el embajador estadounidense para la UE declaraba: «estamos llegando a un punto en el que la situación es tan mala como en los años 30». Medir el antisemitismo es un asunto complicado, pero el peso de las pruebas nos lleva en sentido contrario. En la primavera del 2004, cuando las acusaciones de antisemitismo europeo inundaban Estados Unidos, dos encuestas separadas a la opinión pública europea realizadas por las norteamericanas *Anti-Defamation League* y *Pew Research Center for the People and the*

Press descubrieron que, en realidad, este sentimiento estaba declinando. Contrariamente, en los años 30, el antisemitismo no sólo estaba muy extendido en todas las clases sociales europeas sino que se consideraba algo aceptable.

Frecuentemente, el Lobby y sus amigos consideran a Francia como el país más antisemita de Europa. Pero en el 2003, el presidente de la comunidad judía francesa afirmaba que «Francia no es más antisemita que los Estados Unidos». De acuerdo con un artículo reciente de *Ha'aretz*, la policía francesa sostiene que los incidentes antisemitas descendieron un 50% en el 2005, y esto teniendo en cuenta que Francia tiene la mayor comunidad musulmana en Europa. Finalmente, cuando un francés judío fue asesinado en París por una banda musulmana, decenas de miles de manifestantes llenaron las calles para condenar el antisemitismo. Jacques Chirac y Dominique de Villepin acudieron al servicio funerario para mostrar su solidaridad.

Nadie puede negar que existe antisemitismo entre los musulmanes europeos, en parte provocado por la conducta de Israel hacia los palestinos y, en parte, claramente racista. Pero esto es un asunto diferente que no tiene relación con la discusión sobre si la Europa actual es como la Europa de los años 30. Tampoco nadie puede negar que aún existen grupos antisemitas violentos en Europa (como los hay en Estados Unidos) pero el número es escaso y sus ideas son rechazadas por una amplia mayoría de europeos.

Cuando se les presiona para que vayan más allá de la mera afirmación, los defensores de Israel argumentan que existe un «nuevo antisemitismo», que ellos equiparan a la crítica de Israel. En otras palabras, si criticas la política de Israel eres, por definición, antisemita. Cuando el Sínodo de la Iglesia Anglicana aprobó desinvertir de Caterpillar INC sobre la base de que fabricaba los *bulldozers* utilizados por los israelíes para demoler las casas palestinas, el Gran Rabino lamentó que este hecho tendría las «repercusiones más adversas en las relaciones judeo-cristianas en Inglaterra». Por su parte, el Rabino Tony Bayfield, el líder del movimiento reformista, dijo: «hay un problema claro de actitudes antisionistas –que rozan lo antisemita– surgidas de las bases e incluso de los niveles medios de la Iglesia». Sin embargo, la Iglesia era culpable simplemente por protestar contra la política del gobierno israelí.

Los críticos también son acusados de cuestionar el derecho de Israel a existir. Pero de igual modo se trata de acusaciones falaces. Los críticos occidentales de Israel casi nunca cuestionan su derecho a existir: cuestionan su comportamiento en Palestina, como hacen los propios israelíes. Aquí Israel no está siendo juzgada de una manera injusta. El tratamiento de los palestinos que sigue Israel provoca críticas porque es contrario a los derechos humanos, a las leyes internacionales y al principio de autodeterminación nacional. Y, sin duda, no es el único Estado que ha recibido duras críticas en este terreno.

En agosto del 2001, y especialmente en la primavera del 2002, la administración Bush trató de reducir el sentimiento antiamericano, y socavar el apoyo a grupos terroristas como Al-Qaeda en el mundo árabe, poniendo fin a las políticas expansionistas israelíes en los territorios ocupados y abogando por la creación de un Estado palestino. Bush tenía importantes medios de persuasión disponibles. Podía haber amenazado con reducir el apoyo diplomático y económico a Israel, y los norteamericanos le habrían apoyado. En mayo del 2003, una encuesta mostraba que el 60% de los norteamericanos eran partidarios de retener la ayuda a Israel si este Estado resistía las presiones estadounidenses para resolver el conflicto,

y el número subía al 70% entre los «políticamente activos». De hecho, el 73% afirmaban que Estados Unidos no debía favorecer a ninguna de las partes.

Pero aun así la administración fracasó a la hora de cambiar la política israelí, y Washington terminó apoyándola. Con el tiempo, la administración adoptó también las justificaciones israelíes a su posición, de forma que la retórica estadounidense comenzó a imitar la retórica israelí. En febrero del 2003, un titular del *Washington Post* resumía la situación: «Bush y Sharon casi idénticos en la política de Oriente Medio». Como veremos, la razón principal de este cambio se encuentra en el Lobby.

La historia comienza a finales de septiembre del 2001, cuando Bush pidió a Sharon que se contuviera en los territorios ocupados. También le presionó para que el ministro de asuntos exteriores de Israel, Simon Peres, se reuniera con Yasir Arafat, a pesar de que Bush era muy crítico con el liderazgo de Arafat. Bush llegó a decir públicamente que apoyaba la creación de un Estado palestino. Alarmado, Sharon lo acusó de intentar «apaciguar a los árabes a nuestras expensas», advirtiéndole que «Israel no será Checoslovaquia».

Bush se enfureció al ser comparado con Chamberlain y el secretario de prensa de la Casa Blanca dijo que las afirmaciones de Sharon eran inaceptables. Sharon ofreció una disculpa formal, pero rápidamente unió sus fuerzas con el Lobby para persuadir a la administración y a los norteamericanos de que Estados Unidos e Israel se enfrentaban a la amenaza común del terrorismo. Los directivos israelíes y los representantes del Lobby insistían en que no existía ninguna diferencia real entre Arafat y Osama Bin Laden: según ellos, Israel y Estados Unidos tenían que aislar al líder elegido por los palestinos y desentenderse de él.

El Lobby también empezó a trabajar en el Congreso. El 16 de noviembre, 89 senadores enviaron una carta a Bush para felicitarle por su negativa de reunirse con Arafat, y para pedirle que no contuviera a Israel en sus acciones de castigo a los palestinos. Pedían que la administración hiciera público su apoyo a Israel. De acuerdo con el *New York Times*, la carta «provenía» de una reunión convocada dos semanas antes entre «líderes de la comunidad judía americana y senadores destacados» y también añadía que el AIPAC había sido «particularmente activo en la aportación de sugerencias para la carta».

A finales de noviembre, las relaciones entre Washington y Tel Aviv habían mejorado considerablemente. Esto era, en parte, resultado de los esfuerzos del Lobby, pero también de la victoria inicial norteamericana en Afganistán, lo que redujo la necesidad del apoyo árabe para enfrentarse a Al-Qaeda. Sharon visitó la Casa Blanca a principios de diciembre y tuvo un encuentro amistoso con Bush.

En abril del 2002 volvieron a surgir problemas, después de que las FDI lanzaran la operación «Escudo Defensivo» y se aseguraran el control de todas las grandes áreas palestinas en Cisjordania. Bush sabía que las acciones israelíes iban a dañar la imagen de Estados Unidos en el mundo islámico, y socavar la guerra contra el terrorismo, así que pidió a Sharon que «terminara con las incursiones y comenzara la retirada». Subrayó este mensaje dos días más tarde, diciendo que quería que Israel «se retirara sin ningún retraso». El 7 de abril, Condoleezza Rice, entonces la consejera de seguridad de Bush, dijo a los periodistas: «Sin retrasos significa sin retrasos. Significa ahora». Ese mismo día, Colin Powell viajó a Oriente Medio para persuadir a todas las partes para que terminaran con el conflicto y comenzaran a negociar.

Israel y el Lobby entraron en acción. Responsables pro-israelíes en la oficina del vicepresidente, en conjunción con expertos neoconservadores como Robert Kagan o William Kristol, aumentaron la presión sobre Powell. Llegaron a acusarlo de «borrar prácticamente la distinción entre los terroristas y los que luchan contra los terroristas». El mismo Bush era presionado por los líderes judíos y los cristianos evangélicos. Tom DeLay y Dick Arme y eran especialmente explícitos sobre la necesidad de apoyar a Israel; DeLay y el líder de la minoría en el Senado, Trent Lott, visitaron la Casa Blanca y pidieron a Bush que diera marcha atrás.

El primer signo de que Bush se derrumbaba apareció en 11 de abril —una semana después de que pidiera a Sharon que retirara sus fuerzas— cuando el secretario de prensa de la Casa Blanca dijo que el presidente creía que Sharon era «un hombre de paz». Bush repitió públicamente esta declaración después del regreso de Powell de su misión abortada, e indicó a los periodistas que Sharon había respondido satisfactoriamente a su llamada para una retirada completa e inmediata. Sharon no había hecho nada de eso, pero Bush ya no tenía ningún interés en convertir el asunto en una polémica.

Mientras tanto, el Congreso también se estaba moviendo para apoyar a Sharon. El 2 de mayo hizo caso omiso a las objeciones de la administración y aprobó dos resoluciones que reafirmaban el apoyo a Israel (el voto del Senado fue de 94 a 2; el de la Cámara de Representantes 352 a 21). Ambas resoluciones afirmaban que Estados Unidos «se sitúa solidariamente con Israel» y que ambos países estaban, citando una resolución de la Cámara de Representantes, «comprometidos en la batalla común contra el terrorismo». La versión de la Cámara también condenaba el «apoyo continuado y coordinado de Arafat al terror», quien era retratado como un elemento central en el problema del terrorismo. Ambas resoluciones fueron apoyadas gracias a la ayuda del Lobby. Pocos días después, una delegación del Congreso en misión a Israel afirmaba que Sharon debía resistir la presión de los Estados Unidos para negociar con Arafat. El 9 de mayo, un subcomité de asignaciones perteneciente a la Cámara de Representantes se reunió para considerar una donación extraordinaria a Israel de 200 millones de dólares con los que financiar la lucha contra el terrorismo. Powell se opuso a la medida, pero el Lobby la apoyó y Powell terminó perdiendo el pulso.

En resumen, Sharon y el Lobby se encargaron de influir en el presidente de los Estados Unidos y salieron airosos. Hemi Shalev, un periodista del periódico israelí *Ma'ariv*, informaba que los ayudantes de Sharon «no pueden ocultar su satisfacción por el fracaso de Powell. Sharon ha mirado fijamente a los ojos del presidente Bush, afirman con satisfacción, y el presidente ha sido el primero en parpadear». Pero fueron los defensores de Israel en los Estados Unidos, y no Sharon o Israel, los que tuvieron el papel más importante para derrotar a Bush.

La situación no ha cambiado mucho desde entonces. La administración Bush se negó a volver a establecer contactos con Arafat. Después de su muerte, aceptó al nuevo líder palestino, Mahmud Abbas, pero ha hecho poco por ayudarlo. Sharon continuó con el desarrollo de su plan de imponer unilateralmente el acuerdo sobre los palestinos, basado en retirarse de Gaza pero al mismo tiempo continuar la expansión en Cisjordania. Al rechazar la negociación con Abbas e imposibilitar que el líder palestino pudiera proporcionar beneficios tangibles a su pueblo, la estrategia de Sharon contribuyó directamente a la victoria electoral de Hamás. Con Hamás en el poder, Israel tiene de nuevo una excusa para

no negociar. La administración norteamericana ha apoyado las acciones de Sharon (y las de su sucesor, Ehud Olmert). Bush, incluso, ha apoyado anexiones unilaterales por parte de Israel en los territorios ocupados, invirtiendo la política llevada a cabo en la zona por todos los presidentes desde Lyndon Johnson.

Los representantes estadounidenses han criticado de manera muy suave algunas acciones israelíes, pero han hecho muy poco por ayudar en la creación de un Estado palestino viable. Sharon tiene a Bush «en sus manos», dijo el antiguo asesor de seguridad nacional Brent Scowcroft en octubre del 2004. Si Bush intenta distanciarse a los Estados Unidos de Israel, o simplemente criticar las acciones de Israel en los territorios ocupados, puede estar seguro de provocar la ira del Lobby y sus seguidores en el Congreso. Los candidatos demócratas a la presidencia han entendido que éste es un factor de vital importancia, y es la razón por la que John Kerry mostró su apoyo sin reservas a Israel, y por la que Hillary Clinton está siguiendo la misma línea actualmente.

Mantener el apoyo de Estados Unidos a la política de Israel contra los palestinos es una tarea fundamental del Lobby, pero sus ambiciones no se acaban aquí. También quiere que Estados Unidos ayude a Israel para mantener su condición de potencia dominante en la región. En este sentido, el gobierno israelí y los grupos pro-israelíes en los Estados Unidos han trabajado juntos para moldear la política de la administración en Irak, Siria e Irán, así como en el plan para la reorganización del Oriente Medio.

La presión de Israel y el Lobby no fue el único factor detrás de la decisión de atacar Irak en marzo del 2003, pero sí uno muy importante. Algunos norteamericanos piensan que se trataba de una guerra por el petróleo, pero no existe ninguna prueba clara que lleve en esta dirección. Más bien, la guerra estaba motivada, en gran parte, por el deseo de convertir Israel en un lugar más seguro. De acuerdo con Philip Zelikow, un antiguo miembro de la junta consultiva del presidente en inteligencia exterior, director ejecutivo de la Comisión del 11-S y actualmente consejero de Condoleezza Rice, la «verdadera amenaza» de Irak no era una amenaza a los Estados Unidos. En septiembre del 2002, Zelikow explicó a la audiencia de la Universidad de Virginia que la «amenaza no expresada» era la «amenaza a Israel». Y añadió: «El gobierno norteamericano no puede apoyarse en esta realidad retóricamente porque sería muy difícil de vender al público».

El 16 de agosto del 2002, once días antes de que Dick Cheney iniciara la campaña para la guerra con un duro discurso ante los veteranos de guerra, el *Washington Post* informaba que «Israel insta a los representantes norteamericanos para que no retrasen más la intervención militar contra el Irak de Sadam Hussein». En estos momentos, según Ariel Sharon, la coordinación estratégica entre Israel y Estados Unidos había alcanzado una «dimensión sin precedentes», y los directivos de la inteligencia israelí habían proporcionado a Washington un conjunto de informes alarmantes sobre el programa de armas de destrucción masiva en Irak. Como más tarde dijo un general israelí jubilado: «La inteligencia israelí participó directamente en la presentación que hicieron las inteligencias británicas y estadounidenses respecto a la capacidad de Irak en el uso de armas no convencionales».

Los líderes israelíes se preocuparon profundamente cuando Bush decidió buscar la autorización del Consejo de Seguridad para iniciar la guerra, y se asustaron aún más cuando Saddam aceptó que los inspectores de la ONU volvieran al país. Simon Peres dijo a los periodistas en septiembre del 2002: «La campaña contra Saddam es una obligación. Inspectores

e inspecciones son algo positivo para la gente decente, pero la gente deshonesto puede engañar fácilmente a las inspecciones y a los inspectores».

Al mismo tiempo, Ehud Barak escribió un artículo de opinión en el *New York Times* alertando de que «el gran riesgo actual se encuentra en la no-acción». Su predecesor como primer ministro, Benjamin Netanyahu, publicó una pieza similar en el *Wall Street Journal* titulada: «Argumentos para derrocar a Saddam». En ella, declaraba que «actualmente sólo queda la opción de dismantelar su régimen. Creo que hablo en nombre de la mayoría de israelíes que apoyan una guerra preventiva contra el régimen de Saddam». O como informaba *Ha'aretz* en febrero del 2003, «la cúpula militar y política anhela la guerra en Irak».

Sin embargo, como sugería Netanyahu, el deseo de iniciar la guerra no se limitaba a los líderes israelíes. Aparte de Kuwait, invadida por Saddam en 1990, Israel era el único país en el mundo donde políticos y opinión pública coincidían en el apoyo a la guerra. En aquella época, el periodista Gideon Levy observaba que «Israel es el único país de Occidente cuyos líderes apoyan la guerra sin reservas y donde no hay espacio para una opinión alternativa». De hecho, los israelíes eran tan entusiastas que sus aliados en Estados Unidos les pidieron que apaciguaran su retórica, o parecería que la guerra se llevaba a cabo en nombre de Israel.

Dentro de los Estados Unidos, la fuerza motriz detrás de la guerra era un pequeño grupo de neoconservadores, muchos de ellos con lazos en el Likud. Pero los líderes de las mayores organizaciones del Lobby también aportaron sus voces a la campaña. El *Forward* afirmaba que: «mientras el presidente Bush intenta vender la guerra, las organizaciones judías americanas más importantes se unen en su defensa. Comunicado tras comunicado, sus líderes hacen hincapié en la necesidad de librar al mundo de Saddam Hussein y sus armas de destrucción masiva». El editorial continuaba afirmando que «la preocupación por la seguridad de Israel se tuvo en cuenta en las deliberaciones de los principales grupos judíos».

Aunque los neoconservadores y otros líderes del Lobby estaban deseando invadir Irak, la más amplia comunidad judía no apoyaba esta opción. Una vez comenzada la guerra, Samuel Freedman explicaba que «una recopilación de encuestas llevadas a cabo a nivel nacional por el *Pew Research Center* mostraba que los judíos son menos favorables a la guerra de Irak que el conjunto de la población, el 52% y el 62% respectivamente». Claramente, sería un error culpar a la «influencia judía» por la guerra de Irak. Pero en parte sí fue debido a la influencia del Lobby, especialmente del sector más conservador dentro de éste.

Los neoconservadores han estado determinados a acabar con Saddam antes incluso de que Bush se convirtiera en presidente. Agitaron pronto el debate, en 1998, con la publicación de dos cartas abiertas a Clinton en las que se pedía terminar con el poder de Saddam. Los signatarios, muchos de los cuales tenían conexiones con grupos pro-israelíes como JNSA o WINEP, incluían a Elliot Abrams, John Bolton, Douglas Feith, William Kristol, Bernard Lewis, Donald Rumsfeld, Richard Perle y Paul Wolfowitz. Éstos no tuvieron muchos problemas para persuadir a la administración Clinton de que adoptara como objetivo la expulsión de Saddam del poder. Pero fueron incapaces de vender la guerra para alcanzar ese objetivo. Tampoco fueron capaces de generar entusiasmo por la invasión de Irak en los primeros meses de la administración Bush. Necesitaban ayuda para conseguir su objetivo. Esa ayuda llegó con el 11-S. Los acontecimientos de ese día llevaron a Bush y Cheney a cambiar el rumbo y convertirse en serios defensores de la guerra preventiva.

En un encuentro clave con Bush en Camp David el 15 de septiembre, Wolfowitz defendió que era necesario atacar Irak antes que Afganistán, aunque no existía ninguna prueba de que Saddam Hussein estuviera relacionado con los ataques a los Estados Unidos y se supiera que Bin Laden estaba en Afganistán. Bush rechazó su consejo y decidió ir a por Afganistán, pero la guerra con Irak ya se consideraba una posibilidad seria y, el 21 de noviembre, el presidente encargó a los estrategas militares que desarrollaran planes concretos para la invasión.

Mientras tanto, otros neoconservadores se movían en los corredores del poder. No tenemos aún la historia completa, pero parece que profesores como Bernard Lewis de Princeton y Fouad Ajami de John Hopkins tuvieron un papel importante para convencer a Cheney de que la guerra era la mejor opción, aunque los neoconservadores de su equipo –Eric Edelman, John Hannah y Scooter Libby, éste último jefe de Estado Mayor de Cheney y uno de los individuos más poderosos de la administración– también fueron influyentes. A principios del 2002, Cheney había persuadido a Bush; y con Bush y Cheney a bordo, la guerra era inevitable.

Fuera de la administración, los expertos neoconservadores no perdieron el tiempo en la creación de los argumentos adecuados para defender la invasión de Irak, basados en la idea de que suponía un paso esencial para ganar la guerra contra el terrorismo. En parte, estos esfuerzos estaban destinados a mantener la presión sobre Bush, y en parte para superar la oposición a la guerra dentro y fuera del gobierno. El 20 de septiembre, un grupo de neoconservadores destacado y sus aliados publicaron otra carta abierta: «Aunque las pruebas no relacionen a Irak directamente con el ataque, cualquier estrategia destinada a erradicar el terrorismo tiene que incluir un esfuerzo determinado para expulsar a Saddam Hussein del poder en Irak». La carta también recordaba a Bush que «Israel ha sido y continúa siendo el aliado más acérrimo de los Estados Unidos en la guerra contra el terrorismo internacional». El 1 de octubre, en el *Weekly Standard*, Robert Kagan y William Kristol pedían un cambio de régimen en Irak tan pronto como los talibanes fueran derrotados. Ese mismo día, Charles Krauthammer afirmaba en el *Washington Post* que, cuando Estados Unidos terminara en Afganistán, tenía que continuar con Siria, y después Irán e Irak: «La guerra contra el terrorismo terminará en Bagdad», cuando se acabe con «el régimen terrorista más peligroso en el mundo».

Este fue el principio de una implacable campaña de relaciones públicas para ganarse los apoyos necesarios en la invasión de Irak, y una parte crucial de la misma consistía en la manipulación de la inteligencia de forma que pareciera que Saddam suponía un peligro inminente. Por ejemplo, Libby presionó a los analistas de la CIA para que encontraran pruebas que apoyaran los argumentos de la guerra, y ayudó a preparar la ahora desacreditada sesión informativa de Colin Powell en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Dentro del Pentágono, al Grupo de Evaluación de la Política Antiterrorista se le encargó la tarea de encontrar conexiones entre Al-Quaeda e Irak, que, supuestamente, los servicios de inteligencia habían pasado por alto. Sus dos miembros más importantes eran David Wurmser, un neo-conservador del sector duro, y Michael Maloof, un americano-libanés estrechamente vinculado a Perle. A otro grupo del Pentágono, la llamada Oficina de Planes Especiales, se le asignó la tarea de encontrar pruebas que pudieran ser utilizadas para vender la guerra. Estaba dirigido por Abram Shulsky, un neo-conservador relacionado desde hace tiempo con Wolfowitz, y sus colaboradores incluían a personas reclutadas de *think*

tanks pro-israelíes. Estas dos organizaciones fueron creadas después del 11-S e informaban directamente a Douglas Feith.

Como prácticamente todos los neoconservadores, Feith está profundamente comprometido con Israel; también tiene conexiones con el Likud desde tiempo atrás. En los años 90, escribió artículos defendiendo los nuevos asentamientos israelíes en Palestina y afirmando que Israel debía mantenerse en los territorios ocupados. Y lo que es más importante, en 1996 escribió, con Perle y Wurmser, el famoso informe «Clean Break» para Netanyahu, que acababa de ser nombrado primer ministro por entonces. Entre otras cosas, recomendaba a Netanyahu «que se centrara en desalojar del poder a Saddam Hussein —un importante objetivo estratégico israelí por sí mismo». También pedía a Israel que diera pasos para reordenar todo el Oriente Medio. Netanyahu no siguió su consejo, pero Feith, Perle y Wurmser pronto insistirían a la administración Bush para que persiguiera estos objetivos. El columnista del *Ha'aretz* Akiva Eldar avisaba de que Feith y Perle «están caminando sobre una delgada línea entre su lealtad al gobierno americano y los intereses israelíes».

Wolfowitz también está comprometido con Israel. *Forward* una vez lo describió como «la voz pro-israelí más agresiva en la administración» y lo incluyó entre los 50 notables que «persiguen conscientemente el activismo judío». Por esas fechas, JNSA otorgó a Wolfowitz la distinción Henry M. Jackson por promover las relaciones entre Estados Unidos e Israel; por su parte, el *Jerusalem Post* lo describía como un «devoto pro-israelí», nombrándolo «hombre del año» en el 2003.

Finalmente, es necesario mencionar el apoyo de los neoconservadores durante la preguerra a Ahmed Chalabi, el exiliado iraquí sin escrúpulos que presidió el Congreso Nacional de Irak. Apoyaron a Chalabi porque tenía fuertes vínculos con grupos judío americanos y se había comprometido a mantener buenas relaciones con Israel una vez accediera al poder. Esto era precisamente lo que los defensores pro-israelíes del cambio de régimen querían oír. Matthew Berger explicaba la esencia del pacto en el *Jewish Journal*: «En el Congreso Nacional de Irak entendieron la mejora de las relaciones como una manera de aprovecharse de la influencia judía en Washington y Jerusalén y recabar apoyo para su causa. Por su parte, los grupos judíos vieron la oportunidad de cimentar unas mejores relaciones entre Israel e Irak, siempre y cuando el CNI reemplazara el régimen de Saddam».

Dada la devoción neoconservadora por Israel, su obsesión con Irak y su influencia en la administración Bush, no es sorprendente que muchos norteamericanos sospecharan que la guerra fue diseñada para beneficiar los intereses israelíes. El pasado mayo, Barry Jacobs, del *American Jewish Committee*, reconocía que la creencia en la conspiración de israelíes y neoconservadores para meter a Estados Unidos en la guerra de Irak era «generalizada» en los servicios de inteligencia. Sin embargo, pocas personas se atreven a decirlo públicamente, y aquellos que lo han hecho —como el senador Ernest Hollings y el representante James Moran— han sido criticados por mencionar el asunto. A finales del 2002, Michael Kinsley escribía que «la falta de debate público sobre el papel de Israel... ése es el verdadero tema intocable». La razón de la reticencia a hablar sobre este asunto, afirma Kinsley, es el miedo a ser tachado de antisemita. No hay muchas dudas de que Israel y el Lobby fueron factores esenciales en la decisión de ir a la guerra. Sin sus esfuerzos, Estados Unidos habría estado mucho menos predispuesto a tomar esta decisión. Pero la guerra era considerada solamente un primer paso. Poco después de empezar la guerra, un titular en la primera página del *Wall Street Journal*

lo decía bien claro: «El sueño del presidente: cambiar no sólo un régimen sino una región: un área democrática y pro-americana es un objetivo de raíces israelíes y neoconservadoras».

Por mucho tiempo, las fuerzas pro-israelíes han estado interesadas en involucrar militarmente a los Estados Unidos en Oriente Medio. Pero durante la Guerra del Golfo sólo tuvieron un éxito limitado, ya que Estados Unidos actuó como un equilibrador externo en la región. Muchas de las fuerzas diseñadas específicamente para la región, como las Fuerzas de Intervención Rápida, no se utilizaron. La idea era enfrentar a los distintos poderes locales –ésta es la razón por la que la administración Reagan apoyó a Saddam contra el Irán revolucionario durante la guerra de Irán-Irak– con el fin de mantener un equilibrio favorable a los Estados Unidos.

La política cambió después de la Primera Guerra del Golfo, cuando la administración Clinton adoptó una estrategia de «contención dual». Una parte sustancial de las fuerzas norteamericanas se estacionarían en la región para contener tanto a Irán como a Irak, en lugar de utilizar a una para controlar a la otra. El padre de la contención dual fue el mismo Martín Indyck, que delineó la estrategia por primera vez en mayo de 1993 en el WINEP, y después la implementó como director del *Near East and South Asian Affairs* en el Consejo Nacional de Seguridad.

A mediados de los noventa, existía una gran insatisfacción con la contención dual, porque hacía a Estados Unidos el enemigo mortal de dos países que se odiaban entre ellos, y forzaba a Washington a sobrellevar la carga de contener a ambos. Pero era una estrategia favorecida por el Lobby y que se trabajó activamente en el Congreso para preservarla. Presionado por el AIPAC y otras fuerzas pro-israelíes, Clinton endureció esta política en primavera de 1995 al imponer un embargo económico a Irán. Pero el AIPAC y otros querían más. El resultado fue las sanciones a Irán y Libia, que imponía penalizaciones a las compañías extranjeras que invirtieran más de 40 millones de dólares para desarrollar los recursos petrolíferos en estos países. Como comentó el corresponsal militar de *Ha'aretz* en aquellos días, «Israel es sólo un pequeño elemento dentro de un gran esquema, pero por ello no puede concluirse que no puede influir en aquellos dentro del conjunto».

Sin embargo, a finales de los 90, los neoconservadores estaban convencidos de que la contención dual no era suficiente y que, por tanto, el cambio de régimen en Irak era un asunto esencial. Desplazando a Saddam del poder y transformando Irak en una democracia vigorosa, los Estados Unidos desatarían un proceso de cambio en todo el Oriente Medio. La misma línea de pensamiento se hacía evidente en el estudio «Clean Break» que los neoconservadores escribieron para Netanyahu. Hacia el 2002, cuando la invasión de Irak era inminente, la transformación regional era artículo de fe en los círculos neoconservadores.

Charles Krauthammer considera esta gran planificación como una criatura de Natan Sharansky, aunque israelíes de diferentes puntos del espectro político estaban también convencidos de que acabar con Saddam alteraría el equilibrio de Oriente Medio en beneficio de Israel. Aluf Benn informaba en *Ha'aretz* (17 de febrero del 2003):

Oficiales de alto rango de las FDI y aquellos cercanos al primer ministro Ariel Sharon, como el consejero de seguridad nacional Ephraim Haveli, esbozan una visión idílica del futuro que Israel puede esperar después de la guerra. Con la caída de Saddam, prevén un efecto dominó que se extenderá a los demás enemigos de Israel... junto a estos líderes desaparecerá el terror y las armas de destrucción masiva.

Con la caída de Bagdad a mediados de abril del 2003, Sharon y sus colaboradores pidieron a Washington que continuara con Damasco. El 16 de abril, Sharon, entrevistado en *Yedioth Ahronoth*, llamaba a los Estados Unidos a que presionaran duramente a Siria, mientras que su ministro de defensa, Shaul Mofaz, decía en el *Ma'ariv*: «tenemos una larga lista de asuntos que vamos a exigir a los sirios y es apropiado que lo hagamos a través de los americanos». Ephraim Havely afirmó ante la audiencia de WINEP que era importante el endurecimiento estadounidense de sus posiciones con Siria. El *Washington Post* informaba que Israel estaba «alimentando la campaña» contra Siria, suministrando a la inteligencia norteamericana informes sobre las acciones del presidente sirio Bashar Assad.

Miembros destacados del Lobby mantenían los mismos argumentos. Wolfowitz declaraba que «tiene que haber cambio de régimen en Siria», y Richard Perle dijo a un periodista que, a otros regímenes hostiles de Oriente Medio, podía dárselos «un mensaje corto, un mensaje de tres palabras: eres el siguiente». A principios de abril, WINEP distribuyó un informe donde se afirmaba que Siria «no debía olvidar el mensaje de que los países que siguieran la actitud temeraria, irresponsable y desafiante, de Saddam tendrían que enfrentarse a su mismo destino». El 15 de abril, Tossi Klein Haveli escribió un artículo en *Los Angeles Times* titulado: «Lo próximo: apretar las tuercas a Siria», mientras que al día siguiente Zev Chafets escribía otro artículo en el *New York Daily News* titulado «La amiga del terror Siria necesita también cambio de régimen». Paralelamente, el 21 de abril, Lawrence Kaplan escribía en el *New Republic* que Assad era una seria amenaza para Estados Unidos.

De vuelta al Capitolio, el congresista Eliot Engel reintrodujo el Acta de Responsabilidad Siria y de Restauración de la Soberanía Libanesa. Esta resolución amenazaba con sancionar a Siria si no se retiraba del Líbano, abandonaba su programa de armas de destrucción masiva y terminaba su apoyo al terrorismo. Al mismo tiempo, instaba a Siria y el Líbano a que dieran pasos concretos para establecer un acuerdo de paz con Israel. Esta legislación estaba intensamente apoyada por el Lobby —especialmente el AIPAC—, siendo formulada, de acuerdo con el *Jewish Telegraph Agency*, «por algunos de los mejores amigos de Israel en el Congreso». La administración Bush tenía poco entusiasmo por ella, pero el acta antisiria fue aprobada por mayoría (398 a 4 en la Casa de Representantes; 89 a 4 en el Senado), y Bush firmó la ley el 12 de diciembre del 2003.

La administración estaba aún dividida sobre la conveniencia de convertir a Siria en un objetivo militar. A pesar de que los neoconservadores estaban dispuestos a enfrentarse a Damasco, la CIA y el Departamento de Estado se oponían a la idea. Incluso después de que Bush firmara la ley, enfatizó que sería lento a la hora de su aplicación. Su ambivalencia puede entenderse. Primero, desde el 11-S, el gobierno sirio había proporcionado información muy importante sobre Al-Qaeda y también había alertado a Washington sobre ataques terroristas planificados en el Golfo, además de dar acceso, a los interrogadores de la CIA, a Mohammed Xamar, el supuesto captador de algunos de los secuestradores del 11-S. Convertir Assad en un objetivo disolvería estas valiosas conexiones y por tanto dificultaría la guerra frente al terrorismo.

Segundo, Siria no había tenido malas relaciones con Estados Unidos antes de la guerra de Irak (incluso había votado la resolución 1441 de la ONU), y no era realmente un peligro para los Estados Unidos. Endurecer la política con este país implicaba dar una imagen de Estados Unidos de matón, con un apetito insaciable para apalea Estados árabes. Ter-

cero, poner a Siria en la lista de enemigos a combatir daría a Damasco un poderoso incentivo para causar problemas en Irak. Incluso si se querían llevar a cabo medidas de presión, parecía más sensato terminar la tarea en Irak primero. Sin embargo, el Congreso insistía en apretar las tuercas a Damasco, sobretodo como resultado de la presión de los directivos israelíes y de grupos como AIPAC. Si no hubiera existido el Lobby, no habría habido Acta de Responsabilidad Siria, y la política de Estados Unidos hacia Damasco habría estado más vinculada al interés nacional.

Los israelíes tienden a describir cualquier amenaza en los términos más crudos, pero generalmente Irán es visto como el enemigo más peligroso porque es el más próximo a la obtención de armas nucleares. Prácticamente todos los israelíes consideran la existencia en Oriente Medio de un país islámico con armas nucleares una amenaza a su existencia. Un mes antes de la guerra, el ministro israelí de defensa, Benjamín Ben-Eliezer, remarcaba: «Irak es un problema... pero deberías entender, si me lo preguntas, que actualmente Irán es más peligroso que Irak».

En una entrevista en el *Times*, en noviembre del 2002, Sharon empezó a presionar a los Estados Unidos para atacar Irán. En ella describía a Irán, empeñada en conseguir armas nucleares, como el «centro del terror mundial» y declaraba que la administración Bush debía endurecer su postura «el día después» de la conquista de Irak. A finales de abril del 2003, *Ha'aretz* informaba que el embajador israelí en Washington estaba pidiendo el cambio de régimen en Irán. El derrocamiento de Saddam, afirmaba el embajador, «no era suficiente». En sus propias palabras, Estados Unidos «tiene que seguir adelante. Aún tenemos amenazas de gran magnitud que provienen de Siria, de Irán...».

Los neoconservadores tampoco perdieron el tiempo para preparar los argumentos con los que defender el cambio de régimen en Teherán. El 6 de mayo, el AEI co-patrocinó una conferencia sobre Irán con la *Foundation for the Defence of Democracies* y el *Hudson Institute*, ambos defensores de Israel. Los ponentes eran todos pro-israelíes y muchos de ellos pidieron a Estados Unidos que cambiaran el régimen iraní por una democracia. Como es habitual, un puñado de artículos escritos por neoconservadores destacados defendía la causa de la guerra con Irán. William Kristol escribía en el *Weekly Standard* del 12 de mayo: «La liberación de Irak ha sido la primera gran batalla para el futuro de Oriente Medio... pero la siguiente gran batalla –y esperemos que no sea una batalla militar– será por Irán»

La administración ha respondido a la presión del Lobby trabajando a ritmo frenético para clausurar el programa nuclear de Teherán. Pero Washington ha tenido escaso éxito en la tarea, e Irán parece determinado a desarrollar su propio programa nuclear. Como resultado, el Lobby ha intensificado la presión. Editoriales y otros artículos avisan de los peligros inminentes de un Irán nuclear, advierten contra cualquier forma de apaciguamiento de un régimen «terrorista» y señalan la acción preventiva como la acción más conveniente si la diplomacia fracasa. El Lobby está presionando al Congreso para que apruebe el Acta de Apoyo a la Libertad en Irán, que incrementaría las actuales sanciones. Los dirigentes israelíes también avisan de que podrían llevar a cabo, por su cuenta, una acción preventiva en caso de que Irán continúe con su programa nuclear, unas amenazas que están pensadas para que Washington mantenga su atención en el caso.

Algunos estarán inclinados a pensar que Israel y el Lobby no han tenido mucha influencia en la política sobre Irán, ya que Estados Unidos tiene sus propias razones para

evitar que Irán consiga la bomba atómica. Hay algo de verdad en esto, pero las ambiciones nucleares de Irán no suponen una amenaza directa a Estados Unidos. Si Estados Unidos pudo vivir con una Unión Soviética nuclear, una China nuclear e, incluso, una Corea del Norte nuclear, puede vivir con un Irán nuclear. Y esta es la razón por la que el Lobby tiene que mantener la presión constante sobre los políticos en el caso de Teherán. Muy posiblemente Estados Unidos e Irán no serían aliados si no existiera el Lobby, pero la política norteamericana sería más moderada y la guerra preventiva no sería una opción seria.

No es sorprendente que Israel y sus apoyos norteamericanos quieran que Estados Unidos se encargue de todos los peligros que existen para la seguridad israelí. Si sus esfuerzos tienen éxito, los enemigos de Israel se debilitarán o serán desplazados. Israel tendrá mano libre con los palestinos y Estados Unidos realizará la mayor parte de los combates, muertes, reconstrucciones y pagos. Pero incluso si Estados Unidos fracasa en la transformación del Oriente Medio y se encuentra en conflicto con un mundo árabe e islámico radicalizado, Israel terminará protegida por la única superpotencia mundial. Desde el punto de vista del Lobby, éste no sería el resultado perfecto, pero es preferible al distanciamiento de Washington, o a que utilice su poder de arbitraje para forzar a Israel a llegar a un acuerdo de paz con los palestinos.

¿Puede reducirse el poder del Lobby? En principio, podría decirse que sí, dado el desastre de Irak, la necesidad obvia de reconstruir la imagen de Estados Unidos en el mundo árabe y las revelaciones recientes según las cuales dirigentes de AIPAC pasaron documentos secretos del gobierno estadounidense a Israel. También podría pensarse que la muerte de Arafat y la elección del más moderado Mahmud Abbas llevará a Washington a trabajar más decididamente por el acuerdo de paz. En definitiva, se dan las condiciones para que los líderes políticos se distancien del Lobby y adopten una política en Oriente Medio más consistente con los intereses norteamericanos en la zona. Particularmente, si los Estados Unidos utilizan su poder para lograr un tratado de paz justo entre Israel y los palestinos podría avanzar en la causa democrática en toda la región.

Pero esto no va a suceder –al menos próximamente. AIPAC y sus aliados (incluyendo los sionistas cristianos) no tienen ningún oponente serio en el mundo de los lobbies. Saben que actualmente es más difícil de vender la causa de Israel, pero están respondiendo mediante la ampliación de sus equipos y la expansión de sus actividades. Los políticos norteamericanos continúan siendo muy influenciados a través de contribuciones económicas privadas y otras formas de presión política, y los grandes medios de comunicación seguirán siendo favorables a Israel haga lo que haga.

La influencia del Lobby causa dificultades en múltiples frentes. Incrementa el riesgo terrorista al que se enfrentan todos los Estados –incluyendo los aliados europeos de Estados Unidos. Ha hecho imposible la resolución del conflicto israelí-palestino, una situación que proporciona a los extremistas una poderosa herramienta de reclutamiento. Incrementa el espectro de potenciales terroristas y de quienes les apoyan, y contribuye a la radicalización islámica en Europa y Asia.

Igualmente preocupante es que la campaña del Lobby para cambiar el régimen en Siria e Irán podría llevar al ataque norteamericano de esos países, con efectos potencialmente devastadores. No necesitamos otro Irak. Como mínimo, la hostilidad del Lobby hacia Siria

e Irán hace imposible que Washington pueda incluirlos en la lucha contra Al-Qaeda y la insurgencia iraquí, donde su ayuda se necesita con urgencia.

Además hay una dimensión moral. Gracias al Lobby, Estados Unidos ha posibilitado *de facto* la expansión israelí en los territorios ocupados, haciéndolo cómplice de los crímenes perpetrados contra los palestinos. Esta situación debilita los esfuerzos de Washington para promover la democracia y hace que las presiones que realiza sobre otros países para que respeten los derechos humanos se perciban como hipócritas. Los esfuerzos de Estados Unidos para limitar los arsenales nucleares también parecen hipócritas, dada su predisposición a aceptar el arsenal nuclear israelí, que no hace sino provocar a Irán y otros países para conseguir capacidades similares.

Aparte, la campaña del Lobby para anular el debate sobre Israel es muy poco saludable para la democracia. Silenciar a los escépticos mediante la confección de listas negras y boicots –y sugiriendo que los críticos son antisemitas– viola el principio del debate abierto en que se basa la democracia. La inhabilidad del Congreso para crear un verdadero debate en estos asuntos tan importantes paraliza el proceso normal de la deliberación democrática. Los defensores de Israel deberían ser libres para hacerse oír, pero los intentos de reprimir el debate mediante la intimidación han de ser abiertamente condenados.

Finalmente, la influencia del Lobby ha sido negativa para el propio Israel. Su habilidad para persuadir a Washington en el apoyo de su agenda expansionista ha desanimado a Israel en la búsqueda de otras opciones –que incluyen un tratado de paz con Siria y una pronta y completa implementación de los acuerdos de Oslo– que habrían salvado vidas israelíes y habrían reducido el número de los extremistas palestinos. Negar a los palestinos sus derechos políticos legítimos no ha hecho de Israel un lugar más seguro, y la larga campaña de asesinatos o marginación de líderes palestinos ha fortalecido a grupos extremistas como Hamás, al tiempo que ha reducido el número de líderes palestinos que están dispuestos a aceptar un acuerdo justo y trabajar por él. Israel posiblemente estaría mejor si el Lobby fuera menos poderoso y la política estadounidense más equitativa.

A pesar de todo, aún queda un rayo de esperanza. Aunque el Lobby sigue siendo una fuerza poderosa, los efectos negativos de su influencia son cada vez más difíciles de ocultar. Estados muy poderosos pueden seguir políticas erróneas durante un tiempo, pero la realidad no puede ignorarse indefinidamente. Lo que se necesita es una discusión sincera sobre la influencia del Lobby y un debate más abierto sobre los intereses norteamericanos en esa región tan vital. El bienestar de Israel es uno de los intereses a defender, pero la ocupación continuada de Cisjordania y su agenda regional no lo son. El debate libre expondrá los límites de los argumentos morales y estratégicos dados para el apoyo unilateral de Estados Unidos y podría conducir a esta potencia a una posición más acorde con sus intereses nacionales, con los intereses de otros Estados en la región, y también los intereses de Israel a largo plazo ■

□ Traducción de Juan Pecourt Gracia



